



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de noviembre de 2001

La alegría de los que entran en el templo

1. La tradición de Israel ha atribuido al himno de alabanza que se acaba de proclamar el título de "Salmo para la *todáh*", es decir, para la acción de gracias en el canto litúrgico, por lo cual se adapta bien para entonarlo en las Laudes de la mañana. En los pocos versículos de este himno gozoso pueden identificarse tres elementos tan significativos, que su uso por parte de la comunidad orante cristiana resulta espiritualmente provechoso.

2. Está, ante todo, la exhortación apremiante a la oración, descrita claramente en dimensión litúrgica. Basta enumerar los verbos en imperativo que marcan el ritmo del Salmo y a los que se unen indicaciones de orden cultural: "Aclamad..., servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios... Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre" (vv. 2-4). Se trata de una serie de invitaciones no sólo a entrar en el área sagrada del templo a través de puertas y atrios (cf. *Sal* 14, 1; 23, 3. 7-10), sino también a aclamar a Dios con alegría.

Es una especie de hilo constante de alabanza que no se rompe jamás, expresándose en una profesión continua de fe y amor. Es una alabanza que desde la tierra sube a Dios, pero que, al mismo tiempo, sostiene el ánimo del creyente.

3. Quisiera reservar una segunda y breve nota al comienzo mismo del canto, donde el salmista exhorta a toda la tierra a aclamar al Señor (cf. v. 1). Ciertamente, el Salmo fijará luego su atención en el pueblo elegido, pero el horizonte implicado en la alabanza es universal, como sucede a menudo en el Salterio, en particular en los así llamados "himnos al Señor, rey" (cf. *Sal* 95-98). El

mundo y la historia no están a merced del destino, del caos o de una necesidad ciega. Por el contrario, están gobernados por un Dios misterioso, sí, pero a la vez deseoso de que la humanidad viva establemente según relaciones justas y auténticas: él "afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente. (...) Regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad" (*Sal 95, 10. 13*).

4. Por tanto, todos estamos en las manos de Dios, Señor y Rey, y todos lo celebramos, con la confianza de que no nos dejará caer de sus manos de Creador y Padre. Con esta luz se puede apreciar mejor el tercer elemento significativo del Salmo. En efecto, en el centro de la alabanza que el salmista pone en nuestros labios hay una especie de profesión de fe, expresada a través de una serie de atributos que definen la realidad íntima de Dios. Este credo esencial contiene las siguientes afirmaciones: el Señor es Dios, el Señor es nuestro creador, nosotros somos su pueblo, el Señor es bueno, su misericordia es eterna y su fidelidad no tiene fin (cf. vv. 3-5).

5. Tenemos, ante todo, una renovada confesión de fe en el único Dios, como exige el primer mandamiento del Decálogo: "Yo soy el Señor, tu Dios. (...) No habrá para ti otros dioses delante de mí" (*Ex 20, 2. 3*). Y como se repite a menudo en la Biblia: "Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro" (*Dt 4, 39*). Se proclama después la fe en el Dios creador, fuente del ser y de la vida. Sigue la afirmación, expresada a través de la así llamada "fórmula del pacto", de la certeza que Israel tiene de la elección divina: "Somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño" (v. 3). Es una certeza que los fieles del nuevo pueblo de Dios hacen suya, con la conciencia de constituir el rebaño que el Pastor supremo de las almas conduce a las praderas eternas del cielo (cf. *1 P 2, 25*).

6. Después de la proclamación de Dios uno, creador y fuente de la alianza, el retrato del Señor cantado por nuestro Salmo prosigue con la meditación de tres cualidades divinas exaltadas con frecuencia en el Salterio: la bondad, el amor misericordioso (*hésed*) y la fidelidad. Son las tres virtudes que caracterizan la alianza de Dios con su pueblo; expresan un vínculo que no se romperá jamás, dentro del flujo de las generaciones y a pesar del río fangoso de los pecados, las rebeliones y las infidelidades humanas. Con serena confianza en el amor divino, que no faltará jamás, el pueblo de Dios se encamina a lo largo de la historia con sus tentaciones y debilidades diarias.

Y esta confianza se transforma en canto, al que a veces las palabras ya no bastan, como observa san Agustín: "Cuanto más aumente la caridad, tanto más te darás cuenta de que decías y no decías. En efecto, antes de saborear ciertas cosas creías poder utilizar palabras para mostrar a Dios; al contrario, cuando has comenzado a sentir su gusto, te has dado cuenta de que no eres capaz de explicar adecuadamente lo que pruebas. Pero si te das cuenta de que no sabes expresar con palabras lo que experimentas, ¿acaso deberás por eso callarte y no alabar? (...) No, en absoluto. No serás tan ingrato. A él se deben el honor, el respeto y la mayor alabanza. (...) Escucha el Salmo: "Aclama al Señor, tierra entera". Comprenderás el júbilo de toda la tierra, si tú

mismo aclamas al Señor" (*Exposiciones sobre los Salmos* III, 1, Roma 1993, p. 459).

Saludos

Deseo saludar cordialmente a los fieles de lengua española, en particular a los peregrinos de Aldeadávila de la Ribera, de España. Saludo también a la parroquia San Jorge y a la fundación "Verbum Dei" de México, así como a los visitantes de otros países latinoamericanos. Confiemos siempre en el amor misericordioso de Dios, que nunca nos abandona a pesar de nuestros pecados y debilidades de cada día. Muchas gracias.

(A los peregrinos de Croacia)

Queridos hermanos y hermanas, por medio de la liturgia la Iglesia permanece unida a la oración de Cristo, que, por la fuerza del Espíritu Santo, congrega a la humanidad en el eterno canto de gloria y alabanza al Padre. En efecto, la liturgia misma es la oración por excelencia que se eleva del corazón del hombre al Padre en Cristo por el Espíritu Santo.

(En italiano)

Saludo cordialmente a los participantes en el "Curso de formación permanente para misioneros", organizado por la Pontificia Universidad Salesiana. Queridos hermanos, deseo que estas jornadas de estudio y cualificada actualización sobre los temas relacionados con el compromiso misionero susciten en vosotros un renovado entusiasmo en el anuncio de Cristo a todos los pueblos.

Queridos *jóvenes*, proyectad vuestro futuro en plena fidelidad al Evangelio, y creced en sintonía con las enseñanzas y el ejemplo de Jesús. Vosotros, queridos *enfermos*, ofreced vuestro sufrimiento al Señor para que, gracias también a vuestra participación en sus padecimientos, pueda extender su acción salvífica en el mundo. Que en el camino que habéis emprendido, queridos *recién casados*, os guíe siempre una fe viva y renovada, para formar una comunidad de intenso fervor espiritual y de testimonio evangélico concreto.